

¿Quién hizo la pregunta?

—Hay que abandonar el proyecto del libro.

—¡No, Arthur!

—Quizá sólo temporalmente, pero, de momento, hay que dejarlo. Necesito tiempo para pensar.

Los tres fideicomisarios, que se encontraban en la espaciosa sala de visita del ático, empezaron a levantar la voz, rompiendo así un ambiente que en ningún momento había sido puramente de reunión de negocios. Se trataba, no obstante, de una reunión de negocios de los tres únicos socios de la recién creada Fundación Cornish para la Promoción de las Artes y las Humanidades. Arthur Cornish, que se paseaba de un lado a otro, era indiscutiblemente un hombre de negocios, todo un presidente de consejo de administración en el mundo de las finanzas, aunque tenía otros intereses que habrían asombrado a sus colegas profesionales, si él no se hubiera preocupado de mantener su vida cuidadosamente compartimentada. El reverendo Simon Darcourt, sonrosado, rollizo y ligeramente bebido, era exactamente lo que aparentaba: un clérigo académico acorralado en un rincón. La que menos se parecía a un fideicomisario era Maria, la mujer de Arthur, quien iba descalza, al estilo gitano, y llevaba una bata que, de no haber sido confeccionada por el mejor modisto y con el mejor paño, habría resultado chillona.

12 ROBERTSON DAVIES

Existe la falsa idea de que las mujeres son pacificadoras, y como tal intentaba ejercer Maria en esos momentos.

—Y todo el trabajo que ha hecho Simon hasta ahora, ¿qué?

—Nos precipitamos... al encargarle el libro, quiero decir. Deberíamos haber esperado a ver con qué nos encontrábamos.

—Quizá lo que ha salido a relucir no sea tan grave como parece, ¿verdad, Simon?

—No lo sé. Eso deben decirlo los expertos, pero podrían tardar años en hacerlo. Yo sólo tengo sospechas. Lamento habérselas comunicado.

—Ya; sospechas de que algunos dibujos de un gran maestro que mi tío Frank legó a la Galería Nacional son falsificaciones suyas. ¿Te parece poco?

—Podría ser embarazoso.

—¿Embarazoso? Admiro tu sangre fría. ¡Un hijo de una de las más importantes familias financieras de Canadá podría ser falsificador de cuadros!

—Te pones neurótico con los negocios, Arthur.

—Sí, Maria, y con toda la razón. No hay negocio más neurótico, caprichoso, temeroso hasta de su sombra y completamente lunático que el del dinero. Si se demuestra que un miembro de la familia Cornish es un estafador, el mundo de las finanzas nos pondrá a todos en entredicho. Sacarán chistes sobre mí en los periódicos: «¿Compraría usted una obra maestra a ese hombre?». Cosas por el estilo.

—Pero tu tío Frank nunca tuvo relación con las finanzas.

—No importa. Era un Cornish.

—El mejor de todos.

—Es posible, pero si es un estafador, todas sus relaciones con los bancos se resentirán. No hay libro, lo siento.

—Arthur, te estás comportando como un tirano.

—De acuerdo.

—Porque estás asustado.

—Y con toda la razón. ¿Es que no te has enterado? ¿No has oído lo que Simon nos acaba de decir?

—Creo que he llevado todo este asunto con gran torpeza —dijo Simon Darcourt, abatido; estaba casi tan blanco como el alzacuellos que llevaba—. En primer lugar, no tenía que haberos hablado de mis sospechas, porque no son más que eso, ¿verdad? Haced el favor de escucharme: quiero contaros lo que me preocupa en realidad. No se trata únicamente de la pericia de tu tío con el lápiz. Se trata del libro entero.

»Soy disciplinado en el trabajo, no pierdo el tiempo esperando que llegue la inspiración ni demás zarandajas: yo me siento al escritorio con un montón de notas y me pongo a convertirlas en prosa. Este libro, sin embargo, se me retuerce entre las manos y cambia de dirección como una varita de zahorí. ¿Será que el espíritu de Francis Cornish no quiere que se escriba su biografía? Era el hombre más reservado que he conocido en mi vida. Nadie pudo sacarle nunca gran cosa en el terreno personal, salvo en dos o tres casos, de los que Aylwin Ross fue el último. Se creía que Francis y Ross eran amantes homosexuales, como bien sabréis, ¿no?

—¡Santo Cielo! —exclamó Arthur Cornish—. Primero sospechas que falsificaba cuadros, ¡y ahora dices que era maricón! ¿Nos tienes reservada alguna sorpresita más, Simon?

—Arthur, no seas tonto ni vulgar —dijo Maria—; sabes perfectamente que la homosexualidad no es una moda mal considerada en la actualidad.

—En la Bolsa, sí.

—¡Al cuerno la Bolsa!

—Queridos míos, por favor —dijo Darcourt—, no discutáis y, si me lo permitís, no os peleéis tontamente por trivialidades. Hace dieciocho meses que trabajo en la biografía, pero no he sacado nada en limpio. La amenaza de abandonar el proyecto no me asusta, Arthur. Yo mismo me lo he planteado. Como te digo, no puedo continuar sencillamente por falta de datos.

Arthur Cornish poseía un instinto humano perfectamente desarrollado para instar a cualquiera a actuar aun en contra de su voluntad.

—Eso no es propio de ti, Simon —dijo entonces—; no eres de los que tiran la toalla.

—No, Simon, por favor, ni te lo plantees, siquiera —dijo Maria—. ¿Cómo vas a perder dieciocho meses de investigación? Eso no es más que un momento de desaliento. Tómate un trago, hombre, déjate animar.

—Me lo tomo encantado, pero quiero que sepáis la coyuntura en la que me encuentro. No es sólo miedo de autor. Escuchadme, por favor, que el asunto es grave.

Arthur ya estaba sirviendo copas para los tres. Puso ante Darcourt un vaso de whisky escocés con sólo unas gotas de soda y se sentó en el sofá al lado de su mujer.

—Dispara —dijo.

Darcourt tomó un trago largo para darse ánimos.

—Os casasteis unos seis meses después de la muerte de Francis Cornish —dijo—. Una vez repartidas todas sus propiedades, descubrimos que tenía mucho más dinero del que se suponía...

—Sí, por descontado —dijo Arthur—. No creíamos que poseyera más que su parte de la herencia de su abuelo y lo que le había dejado su padre, que pudo haber sido bastante sustancioso. Nunca tuvo interés en los negocios de la familia y casi todos lo considerábamos un excéntrico: un hombre que prefería pasar el rato con sus colecciones de arte a ser banquero. Yo era el único pariente que tenía una idea del porqué. La banca no resulta muy agradable, si no te entusiasma bastante, aunque a mí sí y por eso ahora soy presidente del consejo de administración. Él tenía fortuna más que suficiente: unos cuantos millones, pero desde su muerte no han dejado de aparecer pingües cantidades en lugares inesperados. Por ejemplo, tres auténticas fortunas en cuentas numeradas de Suiza. ¿De dónde lo sacaba? Sabemos que cobraba tarifas elevadas por validar obras maestras a los comerciantes y coleccionistas particulares, pero ni aun así pueden justificarse tantos millones de más. ¿En qué estaría metido?

—Calla, Arthur —dijo Maria—. Dijiste que dejarías hablar a Simon sobre su problema.

—¡Ah, lo siento! Continúa, Simon. ¿Sabes de dónde procede tanto dinero inesperado?

—No, pero no es lo más importante que ignoro. Sencillamente, no sé quién era Francis Cornish.

—¡Ah! Tienes que saberlo, es decir, existen hechos verificables.

—Así es, desde luego, pero no aclaran nada sobre el hombre a quien conocimos.

—Yo no lo conocí en absoluto, no llegué a verlo ni una sola vez —dijo Maria.

—Yo no lo conocía, en realidad —dijo Arthur—. Lo vi unas cuantas veces, de niño, en reuniones familiares, aunque no solía acudir con frecuencia; no parecía encontrarse a gusto con la familia. Siempre me daba dinero, pero no la típica propina de diez dólares que un tío le da a un sobrino: me pasaba un sobre a escondidas, casi siempre con cantidades de hasta cien dólares; toda una fortuna para un escolar que estaba aprendiendo a respetar el dinero y a conocer el verdadero valor de un dólar. Y me acuerdo de otro detalle: nunca daba la mano.

—Yo lo conocía mejor que cualquiera de vosotros y nunca me dio la mano —dijo Darcourt—. Nuestra amistad se basaba en nuestra común afición por algunas manifestaciones artísticas, como la música, los manuscritos, la caligrafía y otras por el estilo; lógicamente, me nombró uno de sus albaceas, pero lo de dar la mano, Frank nunca. Es más, en una ocasión me contó que lo aborrecía. Decía que, cuando tocaba una mano ajena, se le quedaba pegado un olor a mortalidad. Si alguna vez no podía por menos de hacerlo, porque el otro no captaba sus claras señales de rechazo, salía disparado a lavárselas tan pronto como podía. Conducta compulsiva.

—¡Qué curioso! —dijo Arthur—. A mí siempre me pareció bastante sucio.

—No se bañaba mucho. Cuando fuimos a examinar sus cosas, nos encontramos con tres apartamentos y seis cuartos de baño en total: todas las bañeras estaban hasta arriba de paquetes con cuadros, bosquejos, libros, manuscritos y yo qué sé qué más. No sé si los grifos funcionarían, después de tantos años en desuso, pero

había dejado un lavabo pequeñito, un simple armario al lado de una entrada, donde llevar a cabo sus inacabables abluciones de manos. Las tenía siempre blancas como la nieve, aunque, por lo demás, despedía un olorcillo general.

—¿Eso... piensas escribirlo?

—Desde luego. No olía mal, sólo a libro viejo encuadernado en piel.

—Resulta bastante entrañable —dijo Maria—, un estafador que huele a libro viejo. Suena a hombre del Renacimiento, pero sin vino ni esgrima.

—Lo de «sin vino» es cierto —dijo Darcourt—. No bebía... al menos en su casa. A veces tomaba una copa e incluso varias, si invitaba otro. Era avaro, la verdad.

—Esto mejora por momentos —dijo Maria—: un estafador ta-caño que huele a libro. Estoy segura de que puedes escribir una bio-grafía maravillosa, Simon.

—Calla, Maria, controla esa romántica pasión tuya por los gra-nujas. Son manifestaciones de su sangre gitana —dijo Arthur a Dar-court.

—¿Queréis hacer el favor de callaros y dejarme seguir con lo que tengo que deciros? —dijo Darcourt—. No pretendo escribir un libro sensacionalista, sólo quiero cumplir lo que me pedisteis hace casi dos años, es decir: preparar una biografía del difunto Francis Cornish bien fundamentada, erudita y, a poder ser, no mortalmente plomiza, como primera iniciativa de la recién creada Fundación Cornish para la Promoción de las Artes y las Humanidades, de la que vosotros dos y yo somos, hasta el momento, los únicos direc-tores. Y no digas que me lo has «encargado», Arthur. Aquí, ningún dinero ha cambiado de manos ni se ha redactado contrato alguno. Ha sido un acuerdo amistoso, no un asunto de dinero. Pensaste que un libro agradable sobre tu tío Frank sería un buen primer paso para una loable fundación consagrada a las bellas cosas que, según creías, representaban a tu tío. Una típica iniciativa de complaciente finura canadiense. Sin embargo, yo no encuentro todos los datos que necesito para el libro, pero con algunos de los que no puedo do-

cumentar debidamente se podría escribir uno que causaría escándalo, como temas justificadamente.

—Y mancillaría el apellido Cornish y la Fundación —dijo Arthur.

—Respecto al apellido, no sé qué pasaría, pero si la Fundación regalase dinero, no creo que ningún artista ni erudito se preocupara por su procedencia —dijo Darcourt—. Ni los unos ni los otros tienen escrúpulos morales, en lo tocante a dinero para becas, y las aceptarían aunque procediesen de una casa de prostitución infantil, como descubriréis, par de inocentes.

—Simon, esa copa debía de estar cargadísima —dijo Maria—. Estás empezando a intimidarnos. ¡Bien hecho!

—En efecto, estaba cargada y quiero otra igualita. Y también quiero ser yo el único que hable hasta que haya dicho lo que sé y lo que no.

—Un whisky cargado para el reverendo profesor —dijo Arthur disponiéndose a servirlo—. Continúa, Simon. ¿Qué es lo que sabes, en realidad?

—Empecemos, ¿por qué no?, por la reseña necrológica publicada en el *Times* londinense el lunes siguiente a la muerte de Francis. Es un buen resumen de lo que piensa el mundo, por ahora, de tu difunto tío y la fuente está por encima de toda sospecha.

—¡Ah! ¿Sí? —dijo Maria.

—Que el *Times* certifique la defunción de un canadiense demuestra que se trataba de una persona de talla, de importancia mundial.

—Lo dices como si las páginas de necrológicas del *Times* de Londres fueran el noticiario de la corte del Reino de los Cielos y las escribiera el ángel registrador.

—¡Ah! Pues es buena forma de decirlo. El *Times* de Nueva York publicó una reseña mucho más larga, pero, en realidad, no es lo mismo. Los británicos tienen algunas virtudes curiosas, entre ellas, la de escribir notas necrológicas breves, elegantes y contenidas. Sin embargo, o no sabían algunos detalles que son de dominio público, o bien prefirieron omitirlos. A ver, prestad atención. Voy a poner voz de *The Times*:

SEÑOR FRANCIS CHEGWIDDEN CORNISH

El coleccionista de arte y experto en pintura, Francis Chegwidden Cornish, conocido en todo el mundo, falleció en su domicilio en la ciudad de Toronto (Canadá) el domingo 12 de septiembre, día de su septuagésimo segundo aniversario. Se encontraba solo en el momento de la muerte.

Francis Cornish, con una carrera de más de cuarenta años como experto en arte, principalmente en la esfera del siglo XVI y la pintura manierista, jalonada por una serie de descubrimientos, controversias y enmienda de opiniones largo tiempo sostenidas, tenía fama de disidente y vapuleador en cuestiones de gusto. Su autoridad se cimentaba en un conocimiento excepcional de las técnicas de pintura y un gran dominio del enfoque crítico, relativamente reciente, denominado iconología. Al parecer, también debía mucho a su extraordinaria intuición, de la que hacía gala sin pudor, para mayor mortificación de numerosos expertos de renombre con quienes sostenía controversias incansablemente.

Nació en Blairlogie, una recóndita localidad de Ontario, en 1909, y gozó toda la vida de la libertad que propicia el desahogo económico. Su padre procedía de una antigua y distinguida familia de Cornualles; su madre (McRory, de soltera), era hija de una familia canadiense que había hecho fortuna inicialmente en el sector maderero y, más tarde, en el financiero. Nunca tomó parte en el negocio familiar, si bien éste le proporcionó unos medios que le permitieron sostener sus intuiciones con una bolsa bien provista. Hasta el momento, no se tiene noticia de su última voluntad sobre sus magníficas colecciones.

Fue a la escuela en Canadá y se formó en la Facultad del Corpus Christi (Oxford). A continuación viajó mucho y mantuvo una larga relación de colega y alumno con Tancred Saraceni de Roma, incorporando a su desabrida personalidad, al parecer, algunas de las excentricidades de aquél. Con todo, siempre podría haberse afirmado que, para Francis Cornish, el arte contenía toda la sabiduría de la poesía.

Durante la guerra de 1939-1945 y después de ella fue miembro destacado de un grupo de aliados que se dedicaba a la localización y recuperación de obras de arte extraviadas en el curso de las hostilidades.

En sus últimos años de vida hizo generosas donaciones de pintura a la Galería Nacional de Canadá.

Permaneció soltero y no ha dejado herederos directos. Las autoridades han declarado que su defunción no fue inducida.

—Tiene un trasfondo presuntuoso —dijo Maria— que no me acaba de convencer.

—No sabes lo presuntuosas que pueden llegar a ser las necrológicas del *Times*. Sospecho que el autor principal de la reseña es Aylwin Ross, que siempre creyó que sobreviviría a Francis y se permite una carcajada en la última frase. A decir verdad, refleja su condescendencia para con un hombre que fue muy superior a él y deja en el aire un interrogante que, prácticamente, es la marca distintiva de Ross. Con todo, el artículo es bastante decoroso.

—¿Con todo? —dijo Arthur—. ¿Y qué significa eso de que «su muerte no fue inducida»? ¿Acaso ha insinuado alguien otra cosa?

—Aquí no —dijo Darcourt—, pero algunos conocidos suyos del continente lo habrán pensado. No lo censure; resulta evidente que Ross ha preferido suprimir unas cuantas cosas que, sin duda, constan en los archivos del *Times*.

—¿Como cuáles?

—Por ejemplo, no hay la menor alusión al escabroso asunto en el que Jean-Paul Letztpfennig perdió la vida e hizo tristemente famoso a Francis en el mundo del arte. Muchas reputaciones cayeron al barro, hasta Berenson quedó levemente salpicado.

—Sin embargo, es evidente que tú estás al corriente de todo —dijo Arthur— y, si mi tío Frank salió vencedor, bien valdría la pena. ¿Quién era Tancred Saraceni?

—Un bicho raro. Era coleccionista, pero debía su fama a su magnífica pericia en restauración de obras maestras; todas las grandes galerías requerían sus servicios o le consultaban en algún momento,

pero algunas cosas raras pasaron de sus manos a las de otros coleccionistas. Corría el rumor, como en el caso de tu tío Frank, de que era demasiado hábil con su estuche de pinturas; Ross lo odiaba.

—¿Es ese artículo del *Times* lo mejor que se ha dicho sobre Francis? —preguntó Maria.

—¿Te has dado cuenta de que dice que fue a la escuela en Canadá pero «se educó» en Oxford? —dijo Arthur—. ¡Dios, estos ingleses!

—El *Times* ha sido generoso a su manera —dijo Darcourt—. Publicaron lo que les envié tan pronto como leí su necrológica. Escuchad esto, de la edición del 26 de septiembre:

FRANCIS CORNISH

Del profesor reverendo Simon Darcourt

La nota necrológica sobre mi amigo Francis Cornish, publicada el 13 de septiembre, es exacta en cuanto dice, pero deja un regusto amargo sobre un hombre que, aun siendo a veces arisco y de difícil trato, supo también mostrarse generoso y amable en numerosas relaciones personales. No conozco a nadie que pensara ni por un instante que su muerte pudiera deberse a causas no naturales.

Muchas personalidades influyentes del mundo del arte lo consideraban un colega servicial y muy entendido. Aunque su colaboración con Saraceni hubiera podido granjearle la desconfianza de quienes sufrieron el menosprecio de tan ambiguo personaje, su autoridad, fundamentada en una indiscutible erudición, se la debía enteramente a sí mismo; es de sobras sabido que el difunto lord Clark solicitó su opinión en varias ocasiones. Rara vez fue Cornish quien tiró la primera piedra en una disputa, aunque también es verdad que no se apresuraba a zanjarlas ni olvidaba las ofensas fácilmente.

Su fama como autoridad en pintura ensombreció sus grandes hitos en el estudio y la investigación científica del miniado y la caligrafía, especialidades descuidadas por los críticos de pintura y escultura que, sin embargo, él consideraba muy re-

levantes por las claves que aportaban para creaciones más ambiciosas. Fue, además, un selecto coleccionista de manuscritos musicales.

A partir de 1957, de vuelta a Canadá, respaldó a los pintores canadienses cuanto le fue posible, si bien el desprecio que sentía por algunos movimientos modernos a los que tildaba de farsantes psicológicos dio pie a acalorados debates. Tenía una visión estética fundamentada en la filosofía y minuciosamente meditada.

Fue un excéntrico, sin duda, pero excepcionalmente dotado y enemigo de la publicidad. Es posible que, tras el debido estudio de sus colecciones, su figura resurja en el mundo del arte con un peso mucho mayor que el que hoy se le reconoce.

—Eso me gusta mucho más, Simon —dijo Maria—, pero todavía le falta un buen trecho para ser entusiasta.

—Lo mío no son las reseñas entusiastas, sino hacer honor a la verdad, no sólo como erudito y hombre atento, sino como amigo.

—Entonces, ¿no puedes hacer lo mismo con la biografía?

—No si ha de ser para mostrar a mi tío Frank ante el mundo como falsificador de pintura —dijo Arthur.

—Mira, Arthur, te estás pasando de la raya. Lo máximo que me puedes decir es que el libro no va a contar con el apoyo económico de Cornish a menos que presente un retrato de tu tío con la cara lavada. Pareces olvidar que puedo recurrir a una editorial comercial. Yo no escribo libros malos y, si consideras escandaloso un libro mío, es fácil que a las editoriales les parezca una buena oferta para sus arcas.

—¡Simon...! ¡No te atreverías!

—Podría, si intentas intimidarme.

—No pretendo intimidarte.

—Pero es lo que estás haciendo. Vosotros, los ricos, os creéis dueños de un poder ilimitado. Si tomo la decisión de escribir el libro por mi cuenta y riesgo exclusivamente, tú no podrás hacer nada para impedírmelo.

—Podríamos hurtar información.

—Sí, si la tuvierais, pero no la tenéis y lo sabes.

—Podríamos denunciarte por difamación.

—Tendría la precaución de no difamar a ningún Cornish vivo y sabes de sobra que a la ley no le preocupa la difamación de los difuntos.

—Por favor, señores, dejad de hacer el idiota con tanta amenaza —dijo Maria—. Si he entendido bien a Simon, lo que lo retiene es precisamente la falta de información y las sospechas insidiosas. Con todo, Simon, debes de contar ya con algo. Se puede desenterrar la vida de cualquiera, al menos hasta cierto punto.

—Sí, y cualquier escritorzuelo puede utilizarla y condimentarla generosamente con toda clase de insinuaciones para confeccionar un libro engañoso, pero yo no soy de éstos, tengo mi orgullo e incluso una reputación, por pequeña que sea. Si no puedo hacer un trabajo de primer orden sobre el bueno de Frank, no haré nada.

—Pero seguro que todo ese asunto de Saraceni se podrá investigar y desarrollar y también lo que el *Times* omite sobre el otro, el que murió o fue asesinado o lo que fuera. De todos modos, si la consecuencia fuese que Francis Cornish era un estafador, espero que hagas lo posible por remediarlo.

Parecía que Arthur se bajaba del burro.

—Sí, ya... eso no me será difícil, pero lo que necesito es lo que hay detrás de todo eso. ¿Cómo llegó Francis a tratar con esa gente? ¿Qué rasgo de su carácter lo inclinaba a ese lado del mundo del arte, en vez de guardar las distancias claramente, como en el caso de Berenson o Clark? ¿Cómo llegó a mezclarse un aficionado rico (porque eso es lo que era, a fin de cuentas) con tipejos de semejante calaña?

—Cuestión de suerte, probablemente —dijo Arthur—. De ella depende en gran medida lo que le sucede a cada cual.

—Yo no lo creo así —dijo Darcourt—. Lo que llamamos suerte es la manifestación externa de lo que somos por dentro. Nosotros mismos provocamos lo que nos sucede. Sé que suena horrible y cruel, teniendo en cuenta las cosas que le pasan a mucha gente, y que no puede ser la única explicación, pero sí que es un factor de peso considerable.

—¿Cómo puedes decir eso? —dijo Arthur—. Nacemos con una mano de naipes determinada; si a uno le toca una pésima, cargada de doses y treses, sin ninguna carta superior al cinco, ¿qué posibilidades tiene ante otro a quien le haya tocado escalera de color? Y no me digas que depende de cómo juegue las bazas, porque tú no juegas al póquer ni al bridge y no lo sabes.

—Reconozco que no soy aficionado a las cartas, pero soy teólogo y bastante bueno; por lo tanto, mi concepto de lo que está en juego es diferente del tuyo, como banquero que eres. Todos nacemos con una mano de naipes, por descontado, pero de vez en cuando tenemos la oportunidad de sacar otra carta y es entonces cuando todo puede cambiar. ¿Y qué decide la carta que sacamos? Francis nació con una mano buena y segura, pero tuvo ocasión de sacar otra carta dos o tres veces y, por lo que parece, siempre le salió el comodín. ¿Sabes por qué?

—No, ni tú.

—Creo que yo sí. Entre los papeles de tu tío encontré un fajo de horóscopos que se había preparado en distintas épocas. Era supersticioso, ya sabes, si la astrología te parece superstición.

—¿A ti no?

—Me reservo la opinión. Lo relevante es que él creía en los astros hasta cierto punto. Verás: en el momento en que tu tío nació, Mercurio era el planeta regente en su carta astral y se encontraba en una fase de máxima influencia.

—¿Y qué?

—Pues mira... Maria lo entiende. ¿Acaso no es su madre una consumada cartomántica? Mercurio: el protector de los ladrones, el comodín, el burlón, el triunfo del palo que pinte, el de las jugarettas, el que desbarata todos los planes.

—No sólo eso, Simon —dijo Maria—, también es Hermes, el reconciliador de los opuestos: una función que se sale del alcance de la moral convencional.

—Exactamente. Y no hay en el mundo hijo de Hermes más legítimo que Francis Cornish.

—Si empezáis a hablar de esa forma, yo me voy —dijo Arthur—,

pero no indignado, sino desconcertado. Como vivo con Maria, me hago una somera idea de lo que estáis diciendo, pero en este preciso momento no puedo quedarme aquí. Tengo un vuelo a las siete de la mañana, es decir, debo levantarme a las cinco y llegar al aeropuerto sobre las seis... la comodidad y el atractivo de los viajes modernos, ya sabes. Bien, Simon, te sirvo otro trago y me despido.

Así lo hizo. Besó a su mujer cariñosamente y le dijo que no se le ocurriera madrugar para despedirse de él.

— Arthur sirve unos tragos muy cargados —dijo Darcourt.

— Porque cree que los necesitas, nada más —dijo Maria—. Es sumamente amable y considerado a pesar del alboroto, propio de un banquero, que ha armado a propósito del libro. Sabes por qué, ¿no? Le inquieta el menor detalle que pueda enturbiar la inmaculada respetabilidad de los Cornish... y es que él también alberga dudas en secreto. Son irreprochables, claro está, en cuanto que financieros, pero la banca es como una religión: algunas incertidumbres deben aceptarse como actos de fe y, entonces, todo lo demás encaja con lógica aplastante. Si Francis fue un poco granuja, sería la sombra de una gran familia de banqueros, que no deben arrojar sombra alguna, pero, ¿lo fue? Vamos, Simon, ¿qué es lo que de verdad te preocupa?

— Los primeros años. Blairlogie.

— ¿Dónde está Blairlogie exactamente?

— Empiezas a hablar como el *Times*. Puedo describirte cómo es el pueblo ahora. Como buen biógrafo, he ido allí en peregrinación. Se encuentra en el valle de Ottawa, región agreste considerada el culo del mundo en la época del nacimiento de Francis, porque sólo llegaba allí un tren bastante rudimentario, pero perfectamente accesible hoy por carretera. Era una localidad de unos cinco mil habitantes, de origen predominantemente escocés.

» Me planté en la calle principal con la esperanza de encontrar pruebas e inspiración, pero comprendí que aquello no se parecía en nada a lo que Francis pudo haber visto de pequeño, a comienzos de siglo. St. Kilda, la casa de su abuelo, está dividida en apartamentos y Chegwidden Lodge, la de sus padres, es en la actualidad

un tanatorio llamado Devine... sí, «Devine», y a nadie le parece gracioso. Toda la industria maderera que dio origen a la fortuna de los Cornish se ha transformado por completo. El teatro de la ópera, el McRory, ha desaparecido y no queda rastro de la familia, salvo algunas referencias nada esclarecedoras recogidas en historias locales por aficionados sin talento. En el Blairlogie moderno, nadie se acuerda de Francis y, cuando comenté lo famoso que se había hecho, a nadie le impresionó. La biblioteca pública conserva algunos cuadros procedentes de la casa de su abuelo, pero los tienen almacenados en los sótanos y se han deteriorado tanto que las imágenes son irreconocibles: pura basura victoriana. No saqué prácticamente nada en limpio.

—Pero, ¿tan importante es la infancia?

—¡Maria, me asombra! ¿Acaso la infancia no fue importante para ti? Esa época es la matriz de donde surge la vida de todos y cada uno.

—¿Y ha desaparecido todo?

—Sí, irrecuperablemente.

—A menos que consigas apañar una charla con el ángel registrador.

—No creo en esa figura. Cada cual es el ángel registrador de sí mismo.

—En tal caso, yo soy más ortodoxa que tú, porque sí que creo en él, incluso sé cómo se llama.

—¡Bah! Los medievalistas siempre tenéis un nombre para todo. ¡Se lo inventaría cualquiera!

—O le sería revelado, ¿por qué no? No te aferres tanto a la tradición, Simon. El ángel registrador se llamaba Radueriel y no era un simple tenedor de libros. Era el ángel de la poesía y de las musas y tenía bastón de mando.

—Con serpientes enroscadas, como el caduceo de Hermes, supongo.

—No, no de esa clase. Quiero decir que tenía a otras entidades a su servicio, por ejemplo, al ángel de la biografía, cuyo nombre era Zadkiel el Menor. Fue el que intervino cuando Abraham iba a sa-

crificar a Isaac; es decir, que es el ángel misericordioso, virtud de la que carecen muchos biógrafos. Zadkiel el Menor podría contarte todo lo que deseas saber sobre Francis Cornish.

A esas alturas, Darcourt, indiscutiblemente borracho, se puso lírico.

—Maria, mi querida Maria, perdóname la estupidez que he dicho sobre el ángel registrador. Por supuesto que existe, como metáfora de cuanto ha sido en la ilimitada historia de la humanidad, la inhumanidad y la vida inanimada, que ha de existir por fuerza en algún lugar, porque, de no ser así, la vida entera se reduciría a un estúpido archivo sin principio ni final posible. Es maravilloso hablar contigo, queridísima mía, porque piensas con mentalidad medieval. Dispones de una personificación o un símbolo para todas las cosas. No hablas de ética, sino de santos, de sus esferas de protección e influencia. No utilizas palabras desleídas como «ultrate-rreno», sino que te refieres francamente al Cielo y al Infierno. No dices tonterías sobre la neurosis, sino que lo llamas simplemente «demonios».

—Es cierto, no tengo un vocabulario científico —dijo Maria.

—Ya; la ciencia es la teología de nuestra época y, como en la antigua teología, es un fárrago de afirmaciones contradictorias. Lo que me encoge las tripas es el mísero vocabulario que emplea y la desvaída colección de imágenes edificantes que nos ofrece a los humildes legos para el refuerzo de la fe. Los sacerdotes de antes, con su sotana negra, representaban algo que parecía tener existencia concreta; se rezaba a la Madre de Dios y se nos daba una imagen de ella que parecía encajar perfectamente. Los nuevos sacerdotes, con su blancuzca bata de laboratorio, no nos dan más que un vocabulario siempre cambiante que ni siquiera pronuncian bien, porque no suelen saber griego, y los demás tenemos que confiar implícitamente en ellos sólo porque poseen unos conocimientos que, en nuestra torpeza, no somos capaces de comprender. Es la casta sacerdotal más arrogante y pomposa que ha soportado la humanidad en toda la historia conocida, y su falta de símbolos y metáforas y todo su celo por la abstracción nos conducen a una tierra

yerma, sin imaginación. Por el contrario, tú, Maria, hablas el lenguaje antiguo que apela al corazón. Hablas del ángel registrador y sus ángeles menores y ambos sabemos lo que significa; das nombres comprensibles y atractivos a los hechos psicológicos y Dios, nombre eficaz para un hecho psicológico más, te bendice por ello.

—Estás desvariando ligeramente, querido mío, es hora de que vuelvas a casa.

—Sí, sí, sí, naturalmente. Ahora mismo. ¿Me sostengo en pie? ¡Aaay!

—No, espera un minuto, te acompaño a la puerta, pero antes de irte, dime: ¿qué es lo que quieres descubrir de Francis pero no puedes?

—¡La infancia! Ahí está la clave. No es la única, pero sí la primera del misterio de cualquier ser humano. ¿Quién o quiénes lo criaron? ¿Qué eran esas personas? ¿Qué creencias tenían, que marcaron al niño hasta el punto de conservarlas vivas en su mente aun mucho después de que creyera haberlas rechazado? ¡Y las escuelas, Maria, las escuelas! ¡Fíjate en lo que ha hecho Colborne de Arthur! Nada malo, o no en su totalidad, pero sigue vigente en él, en la forma de anudarse la corbata, de limpiarse los zapatos, de mandar graciosas notitas de agradecimiento a quienes lo han invitado a cenar y mil detalles más que acechan bajo la superficie, como la convencional reacción que ha tenido al oír que Francis pudo haber sido bastante granuja. Pues bien, ¿qué clase de escuelas había en Blairlogie? Francis no salió de allí ni una sola vez hasta los quince años. Ésas fueron las escuelas que lo marcaron. Siempre podría yo falsificar los datos, claro está. ¡Ah! ¡Ojalá tuviera la indecencia de muchos biógrafos para atreverme! No una falsificación tosca, desde luego, sino cierta clase de ficción: ¡la que alcanza el rango de arte! Y así, ya sabes, a su manera, sería la verdad. Te acordarás de las palabras de Browning:

(...) el arte es la única forma posible
de decir la verdad, al menos, para bocas como la mía.

»Haría mucho mejor servicio a Francis si tuviera la libertad de la ficción.

—¡Ah, Simon! No hace falta que me digas que, en el fondo, eres un artista.

—Ya; un artista encadenado a la biografía, la cual debe guardar alguna semejanza con los hechos.

—Cuestión de conciencia moral.

—Y también social, pero, ¿y la conciencia artística, a la que tan poca atención se presta? Quiero escribir un libro verdaderamente bueno, no sólo fidedigno, sino que despierte el deseo de leerlo a todo el mundo. En cada cual domina una clase de conciencia y, en mi caso, parece que la artística quiere imponerse a las otras dos. ¿Sabes lo que pienso en verdad?

—No, pero ya veo que me lo quieres contar.

—Creo que, probablemente, Francis tuviera un daimon. Sería muy posible, puesto que estaba muy influenciado por Mercurio o Hermes. ¿Sabes lo que es un daimon?

—Sí, pero continúa.

—Claro, ¿cómo no ibas a saberlo? Siempre se me olvida lo mucho que sabes. Desde que te convertiste en la mujer de un hombre riquísimo, no sé por qué, pero parece difícil que puedas saber algo que valga la pena, pero, claro, eres hija de tu madre, ¡esa espléndida sibila y granuja! Cómo no ibas a saber tú lo que Hesíodo llama «el daimon»: espíritus de la edad de oro adscritos al destino de cada mortal. No aburridas manifestaciones de la conciencia moral como los ángeles de la guarda, siempre machacando con el deber y la bondad de escuela dominical, no, sino de la conciencia artística, que insufla energías renovadas cuando más falta hace y avisa cuando las cosas no marchan como debieran. No tienen nada que ver con la idea de los cristianos sobre el bien, sino con lo que es el destino de cada cual: ¡el comodín de la mano de cada uno, el triunfo máximo que domina todos los otros!

—Podríamos llamarlo intuición.

—¡A la mierda la intuición! Eso es un término psicológico gris y trasnochado. Prefiero el concepto de daimon. ¿Sabes el nombre de algún daimon bueno, Maria?

—Sólo he encontrado uno, grabado en una gema antigua: Mai-

mas. ¿Sabes una cosa, Simon? Me parece que yo también estoy un poco borracha. Mira, si pudieras hacer llegar tu voz a Zadkiel el Menor y a, bueno, llamémoslo Maimas, te dirían todo lo que quisieras sobre Francis Cornish.

—¡Y tanto que sí, vive Dios! Me lo dirían. Así sabría lo que mi amigo Francis llevaba pegado a los huesos, porque lo que arraiga en el hueso aflora en la carne, no podemos olvidarlo nunca... Ahora sí que debo irme.

Darcourt apuró la copa de un trago, depositó un beso impresionista cerca de la nariz de Maria y se fue hacia la puerta dando tumbos.

Maria se levantó no muy serena y lo agarró del brazo. ¿Debería ofrecerse a llevarlo a casa? No, podía ser peor que si se iba él solo tomando el fresco de la noche. Lo acompañó, eso sí, al vestíbulo del ático del bloque de pisos en el que vivían Arthur y ella y lo encaminó hacia el ascensor.

Se cerraron las puertas, pero, mientras el ascensor bajaba, oyó gritar a Simon: «¡Lo que arraiga en el hueso! ¡Ay! ¿Qué fue lo que arraigó?».

A Zadkiel el Menor y al daimon Maimas, quienes habían acudido a escuchar lo que pasaba atraídos por el sonido de sus propios nombres, les pareció divertido.

—Pobre Darcourt —dijo el ángel de la biografía—, por supuesto que nunca sabrá toda la verdad sobre Francis Cornish.

—Ni siquiera la conocemos nosotros, hermano —dijo el daimon Maimas—. Lo cierto es que se me ha olvidado ya casi todo lo que sabía cuando Francis era mi única ocupación.

—¿Te gustaría recordar la historia, tal como la conocemos? —dijo el ángel.

—Desde luego. Muy generoso por tu parte, hermano. Tú tienes la grabación o la película o la cinta o como quiera que se llame. ¿No te importaría ponerla en marcha?

—Nada más fácil —dijo el ángel.